

REVISTA DE OBRAS PUBLICAS

MADRID, 30 DE AGOSTO DE 1884

4.^a Série.

Tomo 2.^o

Número 16.

AÑO XXXII DE LA PUBLICACION

SUMARIO.

Artículo necrológico con motivo del fallecimiento del Excmo. Sr. D. Angel Mayo, por D. Rafael Monares.—Memoria sobre las Obras públicas de la Isla de Cuba en los años económicos de 1873-74 á 1881-82, por D. Leonardo de Tejada.—Ferro-carriles de vía ancha y de vía estrecha, por D. P. de Alzola.

MAYO

Mayo, el amigo querido, el compañero cariñoso, el Ingeniero ilustre, no está ya entre nosotros.

La pluma con que escribimos las letras de su nombre se ha resistido muchos días á tributarle el último homenaje: hubiera deseado romperse ántes que trazar estas líneas, porque hay dolores que no caben en el estrecho molde de una frase.

Y ha sido tan intenso el que hemos sentido por su muerte, tan vivo el que aún nos embarga, que, ahora, en este mismo instante, evocando de nuevo su recuerdo, pierde la serenidad nuestro espíritu y tiembla nuestra mano, al colocar en su sepulcro la corona inmortal que ha merecido por su talento y sus virtudes.

* * *

¿Quién era Mayo?

Para los que no lo trataron, para los que no fueron sus compañeros y sus amigos, Mayo representaba únicamente una historia brillante, un nombre lleno de prestigio, una reputación inmaculada.

Pero para nosotros, para los que tuvimos la fortuna de conocerlo y el honor de que nos estrechara la mano, Mayo era superior á todo eso. Superior, porque no era eso sólo. Era más. Era una figura correcta; un todo perfecto; una naturaleza extraordinaria, en la que, por rara y excepcional coincidencia, se hallaban reunidas y equilibradas, las cualidades más relevantes y las virtudes más eminentes.

En aquel conjunto admirable, unas y otras se armonizaban, se suplían, se completaban. Podría haber, tal vez, entre sus compañeros, quien poseyese alguna, pero no quien tuviera tantas. Si por su inteligencia se igualaba con los primeros, por su bondad era muy superior á todos ellos. Su fuerza incontrastable resultaba de sus proporciones morales. Ser bueno vale más que ser sábio, y Mayo no se contentó con ser sábio: era bueno.

Su vasta ilustracion lo dominaba todo: la teoría y la práctica, la ciencia y la administracion. Trabajador infatigable, no descansaba nunca. Era dulce, sin llegar á ser débil; prudente, sin dejar de ser fuerte; modesto, como no se conoció ningun otro; cariñoso, hasta hacerse amar de todo el mundo. Carácter integérrimo, profesaba lealmente sus opiniones; alma generosa, dispensaba sin tasa sus bondades. Pertenecía, por derecho propio, á dos aristocracias: la del corazon y la del talento. Era dos veces noble: por sus ideas y por sus actos. Si no hubiera sido tan humilde, podría haber escrito en su escudo la célebre divisa de Bayardo, el famoso caballero francés: «*Sin miedo y sin tacha.*»

* * *

No tratamos de escribir una necrología. Las necrologías son para los que mueren y Mayo vivirá siempre entre nosotros. Háganse, enhorabuena, las de aquellos á quienes sirven para que los conozcan; Mayo fué demasiado conocido cuando vivía, para necesitar de ella en su muerte.

Conocido, como profesor de la Escuela, por el amor á sus discípulos, que entónces lo adoraban y hoy lo lloran; en el Negocia-

do de Aguas, por las cuestiones que resolvió en su tiempo, dando gallarda muestra de su justicia y su talento; en las playas del mar Cantábrico, por sus estudios y trabajos para dotar de aguas á Santander; en la hermosa y feraz Andalucía, por el ferro-carril al Trocadero y las maravillosas obras del Tempul para abastecer Jerez de la Frontera; en la Junta Consultiva del Cuerpo, por sus opiniones y sus informes, en los cuales ha dejado sobreviviéndole, indeleble y profunda, la luminosa huella de su espíritu.

Donde quiera que estuvo, donde sonó su nombre, donde llegó su accion, donde se sintió su influencia, allí fué conocido. Conoci-do, cuando vivía, como un dechado de perfecciones; recordado, cuando no existe, como el tipo acabado y completo de la ciencia, la probidad y la hidalguía.

* * *

Mayo ha muerto en la plenitud de la vida. Estaba en su zenit, y ha sido como un astro que se apaga inesperada y repentinamente en la mitad de su carrera. Había hecho mucho, pero le quedaba más que hacer todavía: le faltaba ingerir en las formas petrificadas de antiguos organismos administrativos, la sávia jóven y lozana de su criterio racional y de su ciencia tolerante y benévola.

Desde el sitio á donde había llegado, quizá lo hubiera conseguido. Sus opiniones tenían algo parecido á la luz. Filtrábanse con suavidad; iluminaban con dulzura; ahuyentaban las sombras; disipaban la oscuridad; pero, sin molestar, sin herir, naturalmente, como deben imponerse y se imponen, lo bueno en la moral, la verdad en la ciencia, la belleza en el arte.

La obra principal de su vida, su obra futura, la que le reservaba el porvenir, ha quedado empezada. —¿Se acabará? —Es difícil que tome nadie tal empeño. Mayo será sustituido, pero no reemplazado; se apretarán las filas para cerrar su hueco, pero no se llenará su vacío. Aquel carácter, aquella ilustracion, aquel criterio, tan imparcial, tan recto, tan sereno, han desaparecido para siem-

pre, y habrá que aguardar tiempo, mucho tiempo, hasta encontrar entre los nuestros, quien logre parecersele siquiera.

* *

Murió como mueren los elegidos: con la resignacion del varon justo; envuelto en la aureola de los mártires. Ni una queja; ni una palabra. Alma excelsa y privilegiada, en medio de la cruel tortura de su cuerpo y la horrible congoja de su espíritu, adivinó que en pos de aquellas horas de amargura, iba á llegar su redencion; y que, despues de indecibles tristezas y detrás de inmensos dolores, alcanzaría la suprema dicha de volver á la pátria perdida: ¡la pátria de su ser inmortal!

* *

Allá, hácia el Occidente, está su sepultura: al pié de la sierra de Teleno, reclinada sobre su falda, arrullada por los rumores melancólicos de las azules aguas del Órvigo.

Allí yacen sus restos. Pero él, está aquí; aquí, donde los suyos guardan, vivas y palpitantes, su tradicion y su memoria.

Y así ha debido ser. Porque la enseña que tan gloriosamente sustentaba, era la enseña de la legion querida, en cuyas filas militamos. Luchaba como bueno, y en lo más recio del combate le sorprendió la muerte. Cayó, conforme peleaba: siempre abrazado á su bandera.

Flote hoy al viento, orlada con el negro crespon de nuestro duelo; deshojemos la última flor sobre su tumba; y descubiertos, de pié ante sus cenizas, saludemos por la postrera vez el preclaro nombre de Mayo, que fué, cuando vivía, representante insigne del antiguo honor castellano.

RAFAEL MONARES.
